

Una tumba “de carro” en la necrópolis orientalizante de Talavera La Vieja (Cáceres)

Javier JIMÉNEZ ÁVILA – Junta de Extremadura
Antonio GONZÁLEZ CORDERO – Fundación Antonio Concha

RESUMEN:

Se presenta una serie de materiales procedentes de la ya conocida necrópolis orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres), que se encuentra bajo las aguas del Pantano de Valdecañas. En esta ocasión, se trata de los restos de una tumba semidestruida con elementos de carro, como pasariendas de bronce, bocados de

hierro, cadenas etc. El hallazgo permite documentar la presencia de estas sepulturas de carro (o más bien de yugo) en el Tajo Medio y testimonia el mantenimiento de grandes tumbas aristocráticas en este emplazamiento hasta, al menos, el siglo V a. C.

ABSTRACT:

We present the remains of a much damaged cremation grave coming from the Talavera la Vieja Iron Age cemetery. This orientalizing necropolis has been recently studied and, as it's well known, it stays usually submerged under the waters contained by the Valdecañas barrage. The set now presented includes

some chariot elements as four bronze rings, two iron horse bits, chains remains, etc. The finding evidences a new chariot tomb (or, maybe more properly a ‘yoke tomb’) in the Iberian Iron Age, and, at the same time, the maintenance of such rich aristocratic burials in this important site at least to the 5th century B.C.

INTRODUCCIÓN

La ocupación protohistórica del solar de Talavera la Vieja (Cáceres), población superpuesta al municipio romano de Augustobriga, empieza a ser conocida a mediados de los años 90 del siglo pasado gracias a

una serie de trabajos arqueológicos de prospección y recogida selectiva de materiales superficiales. Como es sabido, la localidad de Talavera la Vieja quedó anegada por las aguas del pantano de Valdecañas en

1963, debiendo ser abandonada por todos sus vecinos. Desde entonces, el nivel del pantano ha descendido en numerosas ocasiones dejando al descubierto las calles y las casas arrasadas de la antigua población. En la zona más próxima a los desmontes del río, donde la erosión del embalse es más virulenta, se recogieron en 1995 las primeras cerámicas y restos materiales que evidenciaban una ocupación anterromana del sitio, relacionable con horizontes del Hierro I y del Bronce Final. Algunos de estos materiales, que evidenciaban una estrecha vinculación con las producciones orientalizantes del Suroeste peninsular, fueron incluidos en la tesis de A. Martín Bravo sobre la Lusitania prerromana, destacando las cerámicas grises a torno o algunas formas típicas como las urnas Cruz del Negro (Martín Bravo, 1999, 93-96). Otros fueron presentados por nosotros mismos a la II edición del Congreso de Arqueología Peninsular celebrado en Zamora en 1996 y publicado en las correspondientes actas. Entre ellos, aparte de las mismas cerámicas grises y oxidadas de ambiente orientalizante, presentábamos otros materiales de la misma filiación, incluyendo ejemplos de eboraria y orfebrería, y dos fíbulas de codo de bronce que se hacían eco de una ocupación del Bronce Final (Jiménez y González, 1999), que ha podido ser confirmada en posteriores visitas al sitio, al haberse documentado algunas cerámicas decoradas correspondientes a este momento.

Pero sin duda, el hallazgo más sobresaliente de esta ocupación prerromana se produjo por las mismas fechas de mediados de los 90, cuando un grupo de visitantes desenterraron un conjunto material compuesto por una urna cerámica llena de huesos quemados junto a otros

materiales de singular riqueza, que fueron objeto de un completo estudio monográfico recientemente aparecido en las Memorias del Museo de Cáceres donde, tras algunas vicisitudes más o menos novelescas, se conserva actualmente todo el lote. La aparición de este conjunto vino a poner de manifiesto, definitivamente, la existencia de una importante necrópolis orientalizante en la zona y la riqueza de sus ajuares, al contener joyas de oro y plata, escarabeos egipcios, peines de marfil y un largo etcétera de productos de lujo locales e importados (Jiménez Ávila, 2006).

La importancia de este hallazgo, y de la necrópolis en general, ha propiciado que en fechas más recientes se hayan arbitrado algunos mecanismos de intervención de urgencia en el sitio, como la realización de unas breves excavaciones arqueológicas efectuadas aprovechando nuevas bajadas de las aguas del pantano. Sin embargo, el desconocimiento de la topografía de la zona por parte de los equipos científicos designados por la Dirección General de Patrimonio de la Junta de Extremadura para acometer estas tareas ha provocado que dichos trabajos no hayan tenido el éxito esperado en lo que a rescate de tumbas de la necrópolis se refiere. Prueba de ello es que en la zona de los desmontes se siguen produciendo destrucciones de tumbas protohistóricas como la que aquí presentamos. En este caso, la fortuna quiso que, aunque en modo parcial y precario, algunos de los materiales que constituyan el conjunto pudieran ser recuperados. Pero resulta evidente que muchos de los depósitos funerarios de esta necrópolis están siendo continuamente mordidos por la acción del agua y que se están perdiendo para siempre.

I. LA TUMBA DE “CARRO”

El hallazgo que, en esta ocasión, centra nuestro interés se produjo a mediados de 2008 a pocos metros de donde en 1995 se encontró el conjunto de piezas áureas, argéntreas y cerámicas que constituyen el ya célebre *Tesoro de Talavera la Vieja*. En esta zona, cuando tuvo lugar el hallazgo de 1995 aún eran visibles una serie de estructuras de cantos rodados que pudieron ser documentadas planimétrica y fotográficamente (Jiménez y González 1999; Jiménez Ávila, 2006) y que se relacionaban con los enterramientos de la necrópolis. Trece años después, la mayoría de estos restos constructivos habían desaparecido, observándose una erosión mucho más acusada del terreno superficial

producida por las continuas subidas y descensos del nivel del agua. Fue D. Jesús Arroyo, vecino de Rosalejo (Cáceres) y anteriormente de la propia Talavera la Vieja, quien en una de las visitas a las ruinas de la localidad, localizó los primeros hallazgos en lo que había sido el patio trasero de una antigua vivienda, muy próxima al barranco del pantano y en la actualidad, naturalmente, en ruinas. Se trataba de cuatro pasariendas de bronce que constituyen el elemento más característico de cuantos se han descrito para este conjunto. Alertados de la importancia de este descubrimiento, nos personamos en el lugar y pudimos recoger, agrupados entre un amasijo de barro y limos, ya próximo a la ascendente orilla del

pantano, el resto de los materiales arqueológicos que componían lo que, a la vista de las circunstancias y de la proximidad a la zona de la necrópolis, cabía interpretar como los vestigios de una tumba de cremación: fragmentos de bronce entre los que se reconocía el resorte de una fibula, varios objetos de hierro y unos cuantos restos cerámicos.

Las condiciones del hallazgo y de la recogida no permiten realizar ninguna apreciación sobre la posible morfología de la sepultura o la disposición de los

materiales en el interior de la misma. No obstante, la agrupación de los objetos y la coherencia funcional que se aprecia entre los mismos sugieren que, a todas luces, nos encontramos ante un único depósito funerario. En todo caso, debemos considerar que se trata de un depósito incompleto, como denuncia el propio estado fragmentario de la cerámica o la escasez de restos óseos, de los que solo se observaron pequeñas esquirlas mezcladas con restos de carbón en el fango de la orilla.

I.1. PASARIENDAS

Los pasariendas de bronce fueron los primeros objetos de este conjunto en ser descubiertos y rescatados por D. Jesús Arroyo. A partir de su hallazgo se pudo recuperar el resto del material arqueológico que compondría el depósito de la sepultura. Se recogieron cuatro de estos aditamentos que iban instalados en el yugo de los carros antiguos para guiar las riendas de cuero, tal y como se ha reconstruido en varios trabajos sobre este tema. Esta cantidad de cuatro ejemplares permite reconocer un set completo, ya que a cada caballo correspondería un par de anillas para pasar por cada una de ellas las riendas de cada lado del tiro. A continuación pasamos a describir pormenorizadamente estas cuatro nuevas unidades que vienen a incorporarse a la creciente lista de pasariendas protohistóricos peninsulares recogidos ya en varios trabajos.

Pasariendas nº 1: Pasariendas de bronce formado por un vástago de tendencia y sección rectangulares unido a una anilla de sección circular segmentada en su tercio inferior por una barra horizontal. Fundido en una sola pieza a la cera perdida. Ligeramente doblado. (Figs. 1.1 y 2.1.)

Dimensiones: Long.: 9,7 cm; Diámetro de la argolla: 6 cm; Grosor del vástago: 7 mm; Grosor de la anilla: 8 mm; Peso: 113 g.

Depósito: Museo de la Fundación Antonio Concha. Navalmoral de la Mata (Cáceres) s/n.

Pasariendas nº 2: Pasariendas de bronce similar al anterior. Agrietado en la parte superior de la anilla. (Figs. 1.2 y 2.2)

Dimensiones: Long.: 10,5 cm; Diámetro de la argolla: 6 cm; Grosor del vástago: 7 mm; Grosor de la anilla: 10 mm; Peso: 129 g.

Depósito: Museo de la Fundación Antonio Concha. Navalmoral de la Mata (Cáceres). s/n.

Pasariendas nº 3: Pasariendas de bronce similar a los anteriores. Alabeado y doblado por el fuego. (Figs. 1.3 y 2.3)

Dimensiones: Long.: 10,5 cm; Diámetro de la argolla: 6,5 cm; Grosor del vástago: 6 mm; Grosor de la anilla: 10 mm; Peso: 128 g.

Depósito: Museo de la Fundación Antonio Concha. Navalmoral de la Mata (Cáceres) s/n.

Pasariendas nº 4: Pasariendas de bronce similar a los anteriores. Conservación buena. (Figs. 1.4 y 2.4).

Dimensiones: Long.: 9,5 cm; Diámetro de la argolla: 5,6 cm; Grosor del vástago: 5 mm; Grosor de la anilla: 7 mm; Peso: 95 g.

Depósito: Museo de la Fundación Antonio Concha. Navalmoral de la Mata (Cáceres). s/n.

Estos pasariendas forman parte de un numeroso grupo de arneses ecuestres que se documentan en varios yacimientos protohistóricos de la Península Ibérica y que han sido estudiados en varias ocasiones (Almagro, 1979; Fernández-Miranda y Olmos, 1986; Jiménez y Muñoz, 1997; Jiménez Ávila, 2002). Constituyen la variante más sencilla del tipo denominado II o Alboloduy en los más recientes de estos trabajos, que, a su vez, se incorpora en el más amplio grupo de pasariendas de vástago y anilla (Fig. 3). Esta variante recoge únicamente los elementos funcionales de estos artefactos: vástago, anilla y travesaño horizontal de segmentación, sin realizar la más mínima concesión a la decoración ni al ornato. Con este formato fueron

reconocidos por primera vez en el Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería) donde apareció un único ejemplar en las excavaciones realizadas en este poblado fechable a inicios de la Edad del Hierro. Otra unidad se halló en Cancho Roano, publicada precariamente por Maluquer y recogida luego en posteriores trabajos. De actividades ilícitas en el entorno de Cástulo proceden tres ejemplares, aunque por sus características, y por las condiciones de su hallazgo, no es posible verificar que pertenezcan al mismo conjunto (más bien parece lo contrario). Y una pieza incompleta se recogió en prospecciones superficiales en el yacimiento madrileño de El Soto del Hinojar-Las Esperillas, evidenciando la penetración de estos elementos en territorio meseteño. Todos estos pasariendas han sido recogidos ya en varios estudios de conjunto publicados hace algunos años (Jiménez y Muñoz, 1997; Jiménez Ávila, 2002). Desde entonces, solo puede citarse como novedad un posible fragmento aparecido en el poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz) que podría corresponder con uno de estos aditamentos aunque su identificación no es segura pues, aparte de su carácter incompleto, presenta algunas diferencias con los ejemplares conocidos, como la sección triangular y no circular de la anilla (Rovira *et al.*, 2005, 1235). Por tanto, los ejemplares que ahora presentamos son las únicas novedades seguras que se han producido dentro de esta variante, presentando el doble interés de su situación geográfica, que jalona las zonas ya conocidas –el Suroeste y la zona central de la Península– y de configurar por primera vez un set completo (Fig. 4).

Pero, aparte de los modelos más simples, a la hora de analizar estas producciones, hay que referirse necesariamente a los ejemplares ornamentados, que desarrollan una rica decoración de crestería en la parte superior de la anilla. Esta modalidad es conocida con anterioridad a la variante simple, gracias, sobre todo, al ejemplar de la Colección Vives que presenta un hermoso trabajo calado en toda la parte superior de la anilla

reproduciendo una sucesión de capullos cerrados y palmetas abiertas al modo fenicio (Jiménez Ávila, 2002, lám. XLI). Con posterioridad se han descrito ejemplos más sencillos que presentan únicamente una sucesión de capullos cerrados (calados o no) y que se han localizado en sitios como Alcacer do Sal (Portugal) o Úbeda la Vieja (Jaén). A ellos hay que unir algunos ejemplares conservados en museos públicos desde tiempos más o menos alejados, como el del Museo de Barcelona, referido por primera vez por Almagro en 1979 o los más recientes del Museo de Belem en Lisboa, para los que, no sin discusión, se ha propuesto una procedencia del llamado Castro de Azougada (Gomes, 2001). En este caso se trata de dos unidades que reproducen dos tipos de crestería: una más simple, constituida por simples capullos cerrados, y otra algo más compleja que, sin llegar al decorativismo de la pieza de la Colección Vives, incorpora en la crestería distintos tipos de elementos entre los que se reconocen flores abiertas y cerradas, siguiendo un también conocido modelo fenicio. También se han adscrito a este tipo de producciones algunos fragmentos de bronces con representación de palmetas fenicias de procedencia incierta, aunque de Andalucía (Jiménez Ávila, 2002, 516).

Estos pasariendas, como ya ha sido señalado, irían sujetos al yugo del carro y servirían para pasar por ellos las riendas de cuero y evitar que se entrecruzen en los movimientos propios de la conducción. Su presencia en una tumba, por tanto, se relaciona, de modo directo con personajes destacados, de rango aristocrático. La cronología que barren los ejemplares conocidos es amplia, yendo desde finales del siglo VIII para los más antiguos –como el del Peñón de la Reina (Almería)– hasta finales del siglo V, caso del ejemplar de Cancho Roano (Badajoz), en ambos casos de los tipos más simples. Para fechar, por tanto, los nuevos ejemplares de Talavera la Vieja es necesario, dentro de este marco, fijarse en el resto del contexto arqueológico de la tumba.

I.2. BOCADOS DE CABALLO

Otro de los hallazgos significativos de este conjunto está constituido por un par de bocados de caballo articulados. Su estado está muy afectado por la oxidación, ya que están confeccionados en hierro. Se conservan los filetes, que tienen unas dimensiones de unos 12 cm de longitud en cada cañón y un grosor de

en torno a 2 cm, si bien estas magnitudes están muy condicionadas por la corrosión que presentan todas las unidades conservadas en toda su superficie. Sobre los filetes quedan adheridos restos de las anillas y apliques que originariamente presentaban estos bocados para sujetarlos a la cabezada, aunque hoy son prácticamente

irreconocibles. En ambos casos, la oxidación ha anquilosado la articulación en forma de ángulo de los dos muerdos, quizá porque originariamente se hubieran depuesto en esta posición. (Figs. 5 y 6). Ambos ejemplares, como el resto del conjunto metálico, se conservan en el Museo de la Colección Antonio Concha de Navalmoral de la Mata (Cáceres).

La presencia de bocados de caballo en conjuntos funerarios de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica es muy escasa. Se conocen los casos de la tumba 17 de La Joya (Huelva), un conjunto procedente de actividades ilegales de Úbeda la Vieja (Jaén) y pocos más (Jiménez Ávila, 2002). En el caso que ahora presentamos, además, se da la circunstancia de que están realizados en hierro, contrastando con lo que es usual en esta época. Los bocados de bronce de Úbeda la Vieja y Huelva conviven, como los de Talavera la Vieja, con pasariendas de vástago, mientras que lo habitual de los bocados de hierro, que empiezan a ser frecuentes ya en la Segunda Edad de Hierro, es que no aparezcan asociados a elementos de carro. Nos encontramos, por tanto, ante una situación que sugiere un ambiente transicional entre elementos habituales de la Primera y la Segunda Edad del Hierro, ambiente hacia el que también apuntan otros elementos hallados en la sepultura, como posteriormente indicaremos.

La convivencia de elementos de carro de bronce con bocados de hierro solo se produce, de manera excepcional, en el palacio post-orientalizante de Cancho Roano (Badajoz), donde junto con unos dispersos elementos de carro –que incluyen un pasariendas de vástago similar a los que ahora presentamos, cadenas, etc.– aparecieron varios juegos de bocados de bronce y, excepcionalmente, un único ejemplar de hierro. Los bocados de bronce de Cancho Roano responden a los conocidos y decorativos tipos con camas laterales trabajadas en forma de *Despotes theron* y prótomos equinos contrapuestos (Blech, 2003). El ejemplar de hierro fue reconocido mucho después de su extracción por G. Kurtz, durante su catalogación de los hierros de Cancho Roano (2003) y posteriormente estudiado por M. Blech (2003), ya que inicialmente había sido identificado por Maluquer (1983, 122) como un objeto relacionado con el fuego. Esta circunstancia, unida a la presencia de

otros elementos en la sepultura de Talavera la Vieja que, como posteriormente comentaremos, aparecen también entre las ruinas del palacio post-orientalizante de Zalamea de la Serena, sugiere una cronología próxima a la de la última fase de ocupación de este complejo, en torno al siglo V a. C., para esta sepultura.

La situación de los bocados ecuestres en Cancho Roano, con un nutrido grupo de bocados de bronce y un único ejemplar de hierro, reproduce *gross modo* lo que hasta ahora conocemos para este tipo de bienes en Extremadura (y en el Suroeste en general), donde, curiosamente, conocemos más frenos de bronce que de hierro, lo que contrasta con lo que sucede en otras zonas de la Península Ibérica. De este modo, a los ejemplares del llamado *palacio santuario*, hay que añadir otros como los del poblado de El Risco (Sierra de Fuentes, Cáceres), publicado por nosotros mismos hace ya algunos años (Jiménez y González, 1996), El Torrejón de Abajo (Cáceres), procedente de la campaña realizada por J. Ortega en 1997 y publicado por M. Blech (2003); o Luján (Helechal, Badajoz), constituido por un fragmento de cama lateral con decoración orientalizante (Jiménez Ávila, 2002, 473). A ellos habría que sumar un ejemplar inédito que se conserva en el Museo de la Fundación Antonio Concha de Navalmoral de la Mata que procede de la provincia de Cáceres aunque sin que, de momento, se haya podido precisar más su origen. Este bocado inédito (en realidad la mitad de un filete articulado) presenta el interés añadido de ser idéntico en cuanto a sus componentes al de El Torrejón de Abajo: cañón torsionado, púas de castigo y sujeción externa de sección laminar (Fig. 7). Contrastando con esta relativa abundancia de muerdos de bronce, hasta ahora solo se han documentado bocados de hierro en algunas tumbas de las necrópolis extremeñas de Villasviejas del Tamuja, en Botija (Hernández y Galán, 1996). Este nuevo hallazgo de Talavera la Vieja, en el Tajo, podría sugerir, dada su antigüedad, que esta circunstancia pueda deberse a contingencias de la investigación, pero que en ningún caso pueda atribuirse a una introducción tardía o a un uso restrictivo respecto a lo que sucede en otras partes de la Península Ibérica de los bocados de caballo de hierro.

I.3. CADENAS

Junto con los cuatro pasariendas y los dos bocados de caballo, se recogió de este conjunto de Talavera la Vieja un amasijo de hierros oxidados entre los que se reconoce lo que puede identificarse como los eslabones de una cadena, en algún caso todavía unidos entre sí (Fig. 6). Aunque su vinculación con elementos ecuestres no es automática, existen algunos conjuntos prerromanos como los de Cancho Roano o Ategua donde han aparecido cadenas unidas a arneses de caballos o piezas de carro (Blech, 2003; Jiménez y Muñoz, 1997). En estos casos, se trata de cadenas realizadas con eslabones de bronce, simples y circulares en el caso de Cancho Roano y decorados con un elemento esférico en el caso de Ategua. De confirmarse la identificación como cadena de estos hierros de Talavera la Vieja (para lo que sería necesario proceder a su limpieza y restauración) estaríamos ante un fenómeno similar a lo sucedido con los bocados: la sustitución de unos elementos que tradicionalmente se habían venido confeccionando en bronce, por sus homólogos de hierro. Esto no implica, sin embargo, que fueran las necesidades de resistencia de este nuevo metal las que obligaran a esta sustitución, pues tanto las cadenas de Cancho Roano como, sobre todo, las de Ategua, son muy débiles, sugiriendo un uso más bien de tipo ornamental que práctico.

Cadenas, bocados y pasariendas constituyen todo el conjunto ergológico de esta tumba que puede reconocerse como elementos ecuestres y atalajes de carro. El hecho de que aparezcan cuatro pasariendas

y dos juegos de bocados sugiere, además, que nos encontramos ante un equipo bastante completo. Aunque las condiciones de este hallazgo no son las óptimas para realizar inferencias de carácter cultural, no deja de ser significativa la ausencia de otros elementos relacionables con el carro, sobre todo, si tenemos en cuenta que este fenómeno se repite en un buen número de sepulturas del Hierro hispánico (Jiménez y Muñoz, 1997). Por eso, y aún reconociendo la posibilidad de que una parte del mobiliario se haya podido precipitar hacia el pantano, parece probable que nos encontramos, una vez más, ante una tumba de cremación donde lo que se ha enterrado no sea un carro completo, sino simplemente un yugo, como elemento simbólico del prestigio del personaje incinerado. Esta situación ya ha sido reconocida en varios casos de tumbas prerromanas de la Península Ibérica (Jiménez y Muñoz, 1997) a los que, tal vez, habría que añadir, aparte de éste que ahora proponemos, el de la sepultura 86H/4 de la necrópolis orientalizante de Medellín, donde aparecieron 4 pasariendas de tipo Cancho Roano, sin que se reconocieran más elementos de carro (Jiménez Ávila, 2008). Por tanto, parece que cada día hay más evidencias de que durante la Edad del Hierro hispánica existió la costumbre de enterrar yugos de carro, con sus respectivos arneses, en tumbas de prestigio que, como casi todas las de su época, siguieron el rito de la cremación. Y que esta costumbre se extendió por amplias zonas del territorio peninsular.

I.4. OBJETOS DE ADORNO Y USO PERSONAL

Aparte de los elementos ecuestres, se recogieron en la zona del hallazgo algunos restos, no muy abundantes, que, a pesar de su estado fragmentario, pueden reconocerse como elementos de adorno y uso personal. En este grupo hay que situar la parte trasera de una fíbula de bronce de tipo Alcores, que conserva parte del mecanismo del resorte y parte del puente laminar en el que se advina la típica silueta romboidal propia de estos broches (Fig. 8.1). Por otro lado, se recogió un fragmento de barra de bronce con el extremo diferenciado que podría interpretarse como parte de una cucharilla correspondiente a un set de belleza de los que, cada día, son más abundantes en la Primera Edad del Hierro del Suroeste Peninsular (Fig. 8.2).

De la fíbula apenas se conserva más que un fragmento del puente laminar con el alambre del resorte, muy perdido, que dibuja el típico lazo lateral del mecanismo de estos broches llamados tartésicos (Ruiz Delgado, 1989; Storch, 1989). Es la primera vez que se documenta una fíbula de tipo Alcores en la provincia de Cáceres donde, sin embargo, ya se conocían algunos ejemplares de fíbulas de doble resorte, mucho más abundantes en el panorama de la Edad del Hierro hispánica. La propia necrópolis de Talavera la Vieja había proporcionado con anterioridad algunos fragmentos de fíbulas de doble resorte (Jiménez Ávila, 2006, 98) que vinieron a unirse a los que ya se conocían de El Risco (Sierra de Fuentes, Cáceres), procedentes de actividades ilegales

(Jiménez y González, 1996; Martín Bravo, 1999, 85). Un nuevo ejemplar completo, de gran tamaño, fue recogido aisladamente en superficie en Talavera la Vieja durante una de las bajadas de aguas del Pantano de Valdecañas, y se conserva en la Fundación Antonio Concha de Navalmoral de la Mata. Se trata de un broche de puente de sección cuadrada que, por sus grandes dimensiones y por su buen estado de conservación aprovechamos para dar a conocer aquí (Fig. 8.3).

En cuanto a las fíbulas de tipo Alcores, los referentes más inmediatos para el fragmentario ejemplar de Talavera la Vieja se hallan en el Alto Tajo, con un dudoso ejemplar de resorte procedente de unas excavaciones realizadas en Ocaña (Toledo) en los años 30 del siglo pasado (Cuadrado, 1963, 32). Más abundantes son los hallazgos producidos en el Guadiana Medio, donde hace poco eran también desconocidas, hasta la publicación de un ejemplar conservado en el Museo Etnográfico de Olivenza (Badajoz), procedente de las inmediaciones de esta localidad (Jiménez Ávila, 2002) así como de las unidades completas de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz), (Rovira *et al.* 2005), que, por su relativa abundancia, contrastan con su total ausencia en la cercana necrópolis de Medellín. Durante el estudio de los bronces de Cancho Roano también fueron reconocidos unos fragmentos de puente que parecen corresponder a un ejemplar de este tipo de fíbulas (Celestino y Zulueta, 2003, 41). Estos fragmentos proceden de las ruinas del edificio B, lo que nos lleva a una cronología de mediados del siglo V, que ya había sido propuesta para los últimos

ejemplares de este tipo. Esta cronología es la que, *grosso modo*, conviene también al ejemplar de Talavera la Vieja.

También de Cancho Roano proceden los más próximos conjuntos de ‘sets de belleza’ con que equiparar el fragmento de cucharilla aparecido entre los restos de esta sepultura. Entre las ruinas del palacio se hallaron dos conjuntos completos, con los tres componentes básicos que los integran: pinza, espátula y cucharilla, junto con algunas piezas sueltas que sugieren que hubiera varios más. En la recopilación general de los bronces de Cancho Roano han sido interpretados, de manera escasamente acertada, como herramientas de orfebrería (Celestino y Zulueta 2003, 60-62). Recientemente han aparecido nuevos conjuntos de estos sets en las necrópolis orientalizantes que se están descubriendo en la zona de Beja (Portugal) junto a elementos de adorno y uso personal, que contribuyen a resituar su interpretación inicial como bienes relacionados con el cuidado corporal de las élites allí enterradas (Santos *et al.* 2009, fig. 6; Pereira y Barbosa, 2009). En este mismo escenario funerario, asociado a entieramientos de alto rango, es donde, igualmente, cobra su sentido el hallazgo de uno de estos conjuntos en Talavera la Vieja. Su abundancia en Cancho Roano permite asegurar su uso en Extremadura hasta finales del siglo V, si bien, los ejemplares más antiguos serían considerablemente anteriores, como demuestran los contextos de las mencionadas necrópolis alentejanas, así como otros hallazgos de ámbito europeo.

I.5. HERRAMIENTAS

Uno de los hallazgos más singulares de este nuevo conjunto de Talavera la Vieja está constituido por varios utensilios de hierro que, por su cantidad, recuerdan un fenómeno similar documentado en la sepultura del conjunto áureo, donde también se recuperó una notable colección de objetos de este metal (Jiménez Ávila, 2006). Contrariamente a lo que sucedía en aquella tumba, no se trata de armas, muebles o lingotes, sino de herramientas y utensilios de diversos tipos, fundamentalmente, hachas y cinceles. Todos ellos se encuentran custodiados en el Museo de la Fundación Antonio Concha de Navalmoral de la Mata (Cáceres).

Al grupo de las hachas (entendido el término en sentido amplio) corresponden tres artefactos de morfología diversa, pero unidos por el rasgo común de

presentar un ancho filo curvado en la zona distal.

El más sencillo de ellos muestra forma triangular, y unas dimensiones de 11 x 5 cm, con un espesor máximo de 1,7 cm, si bien la corrosión y las descamaciones producto de la oxidación del metal, han podido alterar las medidas originales. Presenta además una muesca atribuible a una ruptura antigua en uno de los lados (Fig. 9.2). Su morfología recuerda un hacha sencilla de las que, desde el Neolítico, empiezan a fabricarse en piedra pulimentada. No obstante, habida cuenta que en la época en que se produjo este enterramiento ya eran conocidas las hachas de enmangue directo, resulta dudoso el modo en que se empleó este objeto, si mediante un mango transversal (con lo que estaríamos ante un hacha propiamente dicha) o mediante un

enmangue longitudinal, con lo que podría haber desarrollado funciones diversas (formón, escoplo... o azuela en caso de estar acodado). El escaso desarrollo que han alcanzado los estudios de utilaje férreo en la Protohistoria no favorece la identificación de este tipo de materiales, como ha sido señalado en anteriores ocasiones (Kurtz, 2003).

Algo más complejas, y de mayores dimensiones que la anteriormente descrita, son las otras dos herramientas de filo y mango aparecidas en este conjunto funerario. La primera de ellas es también un útil laminar que presenta una zona de enmangue rectangular, ligeramente más estrecho en la zona proximal, y una hoja más ancha de lados cóncavos y pequeños apéndices en los ingletes. Sus dimensiones son de 15,5 x 5,5 cm, con un grosor máximo de 1,5 cm, si bien, por estar cubierta por la herrumbre en toda su superficie le son de aplicación las mismas consideraciones señaladas para el hacha anterior (Fig. 9.1). Por su morfología recuerda la silueta de las antiguas hachas de apéndices laterales de bronce del Bronce Final, por lo que podría haber heredado las mismas funciones que aquellos viejos útiles prehistóricos. Sin embargo es necesario insistir en que en esta época se conocen soluciones de enmangue más evolucionadas, por lo que es posible que estas herramientas desarrollaran otras funcionalidades. En este sentido, se ha señalado para piezas similares halladas en Cancho Roano la posibilidad de que se trate de picadores (Kurtz, 2003), unas piezas de largo enmangue vertical que se emplean para triturar multitud de productos en contextos de agricultura tradicional (Mingote, 1996). Una de las "hachas" de Cancho Roano, conservaba una abrazadera de hierro que habría asegurado el sistema de enmangue.

La tercera de estas herramientas de filo ancho es algo distinta, destacando por su mayor robustez. La silueta general es rectangular con los lados cóncavos, y se ensancha extrañamente en la zona proximal, donde presumiblemente iría el enmangue, que remata en una superficie ligeramente curvada. Vista de perfil, presenta un ostensible apuntamiento reforzado por dos anclajes trabajados en las caras mayores que parecen destinados a asegurar el mango. Sus dimensiones son de 17 x 6 cm, con un grosor máximo de 4 cm en la zona de los rebajes que se reduce hasta la mitad en la parte del mango. Como sus congéneres, aparece muy alterada por la herrumbre (Fig. 10.1). Las características de este objeto, destacadamente su mayor peso, hacen

que sea más verosímil la posibilidad de que se trate de un picador, si bien hay que indicar que, por un lado, es difícil asimilar estas herramientas con lo que conocemos del utilaje férreo tradicional bien tipificado, y por otro que, precisamente, los picadores son elementos de uso bastante restringido en las actividades agrícolas tradicionales (Mingote, 1996).

Por el contrario y, aunque sea a la luz de los escasos vestigios publicados, parece que estos utensilios gozaron de una cierta tipificación y, tal vez, de cierta popularidad en época protohistórica. Así parece sugerirlo la presencia de varios de ellos en un heterogéneo conjunto de materiales procedentes de actividades ilícitas originario del yacimiento salmanticense de Sanchorreja. En el estudio de este conjunto, las cuatro piezas que se publican, similares alas nuestras, son consideradas como hachas, y se señalan sus similitudes con objetos análogos del Bronce Final, naturalmente fabricados en bronce (González et al. 1991-92, 326). El castro de Sanchorreja no se halla muy distanciado a Talavera la Vieja, algo que podría explicar estas similitudes entre las herramientas de ambos yacimientos. Pero es más probable que sea la falta de hallazgos o la escasa dedicación de que suele ser objeto el utilaje de hierro, y a la que ya hemos aludido, lo que justifique estas coincidencias, y no un comportamiento de carácter regional. En este sentido, no debemos olvidar que instrumentos similares se han encontrado en el palacio post-orientalizante de Cancho Roano, algo más alejado de nuestro entorno. Otro dato a tener en cuenta de estos hallazgos salmantinos, a pesar del origen descontextualizado del conjunto, es su cronología situable entre los siglos VI y V a. C. que se puede aplicar a todo el material procedente de este expolio, fecha que no se aleja de la que cabe señalar para esta nueva tumba de Talavera la Vieja.

Al margen de estas tres hachas se han hallado otros dos instrumentos de hierro contenidos en el mobiliario de la sepultura de Talavera la Vieja. El primero es un cincel claramente reconocible por su formato y por las huellas de trabajo que exhibe. Presenta un perfil trapezoidal en vista frontal y ligeramente fusiforme cuando se sitúa de perfil. El extremo proximal es más estrecho, y presenta las rebabas típicas de haber sido martilleado en esta zona. El distal se ensancha para formar el filo cortante que le daría utilidad. Su sección transversal es de forma cuadrada. Sus dimensiones son de 9,7 cm de longitud x 1x 8 de anchura máxima en la zona del filo (Fig. 10.2). Junto a este cincel se halló una barra de hierro de

sección cuadrada ligeramente apuntada en un extremo de difícil valoración funcional y cultural. Su longitud es de 21 cm. (Fig. 11).

La aparición de este lote de herramientas de hierro en lo que, a pesar de las condiciones de la recogida, se manifiesta claramente como la sepultura de un personaje de alto rango, acompañado de elementos ecuestres, plantea los problemas del papel simbólico que debieron desarrollar en este enterramiento. Por un lado hay que decir que se reitera el fenómeno de importantes presencias de elementos de hierro en esta sepultura, tal y como acontece en la tumba del conjunto áureo recientemente descubierta hace 15 años (Jiménez Ávila, 2006). Sin embargo, en aquel caso los elementos de hierro se referían siempre a muebles funerarios, armamento o lingotes, asimilables unos al prestigio social de alguno de los personajes enterrados y otros al deseo de acumular un metal que aún podía considerarse escaso (Jiménez Ávila, 2006). Aquí nos encontramos ya con una situación diferente, donde aparecen herramientas presumiblemente empleadas en trabajos agrícolas o artesanales que requieren de una explicación distinta. Las posibilidades que se abren son varias. La primera de ellas, quizás la más intuitiva, sería asimilar estas herramientas a las funciones que el difunto

hubiera podido desarrollar en vida. En este sentido, no somos partidarios de este tipo de aplicaciones, normalmente simplistas, que obligarían a atribuir funciones de carácter manual y de tipo diverso (agrícola, artesanal, etc.) a veces simultáneas, a personajes de rango aristocrático. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, conviene ser prudentes, pues la sepultura del conjunto áureo contenía restos de varios individuos distintos, algo que, al no haberse recogido huesos en cantidad significativa, podría también ser el caso de esta que ahora presentamos, con lo que el problema no es de solución sencilla. Otra posibilidad es que las herramientas se hayan empleado únicamente durante los trabajos de preparación de los ritos del sepelio, algo que, si bien cuenta con algunas evidencias en enterramientos antiguos, tropieza aquí con la naturaleza de algunos de los artefactos constatados, como el cincel. Finalmente, creemos que otra de las posibilidades que explican la aparición de este utilaje cotidiano en este tipo de sepelios podría relacionarse con la posesión de los medios de producción por parte de los sectores aristocráticos sin que ello implique un uso directo por parte de los mismos, algo que no excluye la primera de las posibilidades señaladas.

I.6. CERÁMICA

Menos elocuentes que en la tumba del conjunto áureo, se han rescatado algunos fragmentos cerámicos correspondientes a varias vasijas orientalizantes. Todas ellas se conservan en el Museo Provincial de Cáceres, contrariamente a los objetos metálicos que, como ya hemos señalado, están en el Museo de la Fundación Antonio Concha de Navalmoral de la Mata.

Las cerámicas recogidas, muy fragmentarias, reproducen el espectro típico de las cerámicas del Hierro Antiguo del Mediodía Peninsular, siendo mayoritariamente elaboradas a torno, si bien no faltan algunos ejemplares manuales. Se documentan vasos que entrarían en la categoría de las cerámicas grises, aunque destacan por la tosquería de sus tratamientos, y también otros de cocción oxidante.

Las formas más comunes son las ollas o urnas de borde vuelto, de las que se han recuperado varios fragmentos que, por su carácter aislado, podrían

corresponder a material suelto o de relleno en la mayoría de los casos (Fig. 12). Destaca, sin embargo una gran urna de cuello indicado, de la que se han recogido varios fragmentos que casan entre sí, aunque no comprenden ni el borde ni la base, y que por sus características podría haber actuado como receptáculo cinerario, habida cuenta que en otras sepulturas de esta necrópolis se ha constatado el uso de grandes urnas destinadas a este fin. En este caso, se trata de una vasija torneada de cocción predominantemente reductora que entraría en la categoría de las cerámicas toscas. Sorprende la ausencia de formas abiertas, sobre todo, si tenemos en cuenta su abundancia en la tumba del conjunto áureo, donde se recogieron varios platos carenados, que han vuelto a aparecer en nuevas recogidas superficiales durante los últimos años.

II. OTROS HALLAZGOS

Aparte del conjunto descrito, que interpretamos como correspondiente a una única sepultura, probablemente incompleta, durante los últimos años se han producido varios descensos en las aguas del Pantano de Valdecañas que han permitido rescatar, de nuevo, algunos restos arqueológicos dispersos atribuibles a la ocupación orientalizante del sitio.

Ya nos hemos referido al hallazgo de una fibula de bronce de doble resorte, que ha venido a sumarse a otras ya conocidas de la sepultura del conjunto áureo, y también habría que aludir a algunos recipientes cerámicos entre

los que destacan varios platos o cazuelas elaborados a torno y dotados de la característica carena medial, similares a los que, en número de cuatro, aparecieron en la mencionada sepultura. Alguno presenta peculiaridades distintivas, como la adición de “asas de espuenta” de sección geminada, o grafitos post-cocción que son muy típicos de las cerámicas orientalizantes. También se han recogido fragmentos de platos o cuencos de bordes engrosados, principalmente trabajados en cerámicas grises, que son muy típicos en estas latitudes de la tabla cronológica.

III. CONCLUSIONES

Los restos aquí presentados parecen corresponder a una sepultura de rango de la Primera Edad del Hierro, coincidiendo con lo que ya conocíamos para la ocupación de la necrópolis orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres), que se encuentra normalmente sumergida bajo las aguas del Pantano de Valdecañas.

Del contenido del mobiliario destacan los elementos ecuestres: cuatro pasariendas de bronce del tipo Alboloduy, dos bocados articulados de hierro y unas cadenas de este mismo metal. Los pasariendas vienen a sumarse a los que ya conocemos de este tipo, y llenan el espacio que se establecía entre las unidades meridionales (donde son más abundantes) y hallazgos más septentrionales ya publicados. Al mismo tiempo, reflejan las fuertes conexiones de este territorio cacereño con los elementos de influencia mediterránea a lo largo del Hierro Antiguo.

A pesar del carácter incompleto de la sepultura parece repetirse un fenómeno constatado en otras tumbas de rango diseminadas en el mapa de distribución de enterramientos diferenciados de la Primera Edad del Hierro peninsular: la deposición del yugo ornamentado como elemento de prestigio, sin necesidad de enterrar el resto del carro, como ya se había propuesto en anteriores trabajos. En este caso, el número de pasariendas

–cuatro– sugiere, además, que estuvieramos ante un conjunto completo.

La combinación de elementos ecuestres de bronce y hierro, así como la presencia de determinadas herramientas de este metal, sugiere que el enterramiento tuviera lugar en un momento ya avanzado de la I Edad del Hierro o en la transición hacia el Hierro Pleno de la zona, en un momento situable en torno al siglo V a.C.

De este modo, se constata, además, la perduración de ricas tumbas en esta necrópolis, hasta fecha avanzada, ya en el Post-Orientalizante, evidenciando la perduración en la importancia de este enclave estratégico del Tajo Medio hasta este momento transicional.

Lamentablemente, las condiciones del hallazgo están determinadas por el estado general en el que se encuentra el yacimiento, sometido a continuas emersiones, reinmersiones, y procesos de severa erosión debidos a las continuas alteraciones del nivel de aguas del pantano, situación que ya ha sido denunciada en numerosas ocasiones.

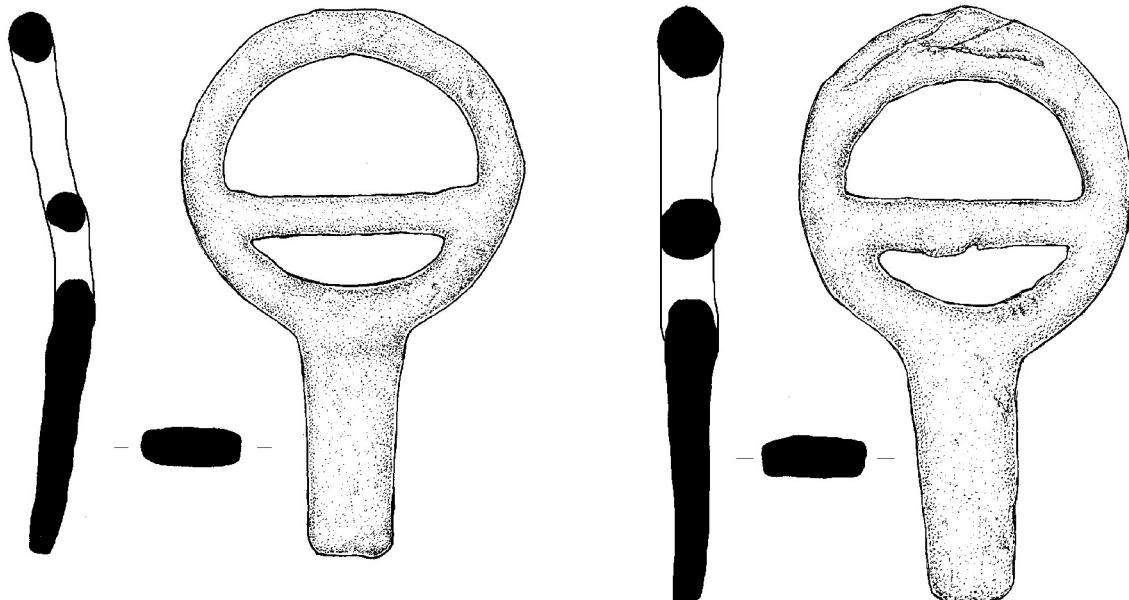
En este sentido, sería conveniente que los poderes públicos responsables de la custodia del Patrimonio Arqueológico extremeño adoptaran medidas de protección mucho más eficaces.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. (1979), “Los orígenes de la Toréutica Ibérica”. *Trabajos de Prehistoria* 36, 174-208.
- BLECH, M. (2003), “Elementos de atalaje de Cancho Roano”. En S. Celestino (ed.), *Cancho Roano IX. Los Materiales Arqueológicos II*. Mérida, 159-192.
- CELESTINO, S. y ZULUETA, P. (2003), “Los bronces de Cancho Roano”, En S. Celestino (ed.), *Cancho Roano IX. Los Materiales Arqueológicos II*. Mérida, 9-124.
- CUADRADO, E. (1963), *Precedentes y prototipos de la fibula anular hispánica*. Trabajos de Prehistoria VII. Madrid.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y OLMOS, R. (1986), *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Madrid.
- GOMES, M.V. (2001), “Divinidades e santuários púnicos, ou de influência púnica, no sul de Portugal”, *Os púnicos no Extremo Ocidente*. Lisboa, 99-140.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F.J., FANO, M.A. y MARTÍNEZ, A. (1991-92), “Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración”. *Zephyrus XLIV-XLV*, 301-329.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. y GALÁN, E. (1996), *La Necrópolis de “El Mercadillo”* (Botija, Cáceres). Extremadura Arqueológica VI. Mérida.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002), *La Toréutica Orientalizante en la Península Ibérica*. Biblioteca Archaeologica Hispana 16. Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. ed. (2006), *El Conjunto Orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*. Publicaciones del Museo de Cáceres, Memorias 5. Cáceres.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2008), “Pasariendas de carro”, En M. Almagro-Gorbea (dir.): *La necrópolis de Medellín II. Estudio de los Hallazgos*. Madrid, 553-555.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y GONZÁLEZ CORDERO, A. (1996), “Broncística y poblamiento post-orientalizante en la Alta Extremadura: a partir de unos materiales de «El Risco» (Sierra de Fuentes, Cáceres)”. *Zephyrus XLIX*, 169-189.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y GONZÁLEZ CORDERO, A. (1999), “Referencias culturales para la definición del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Valle del Tajo: el yacimiento de Talavera la Vieja (Cáceres)”. *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo III - Primer Milenio y Metodología*. Madrid, 181-190.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y MUÑOZ, K. (1997), “Pasariendas de bronce en la Protohistoria Peninsular: a propósito del hallazgo del Soto del Hinojar-Las Esperillas (Aranjuez, Madrid)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 24, 119-158.
- KURTZ, G. (2003), “Los hierros de Cancho Roano”, En S. Celestino (ed.), *Cancho Roano VIII. Los Materiales Arqueológicos I*. Mérida, 293-366.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1983), *El santuario protohistórico de Zalamea de La Serena, Badajoz II. 1981-1982. Programa de Investigaciones Protohistóricas V*. Barcelona.
- MARTÍN BRAVO, A.M. (1999), *Los Orígenes de Lusitania. El Primer Milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Madrid.
- MINGOTE, J.L. (1996), *Tecnología agrícola medieval en España*. Madrid.
- PEREIRA, G. y BARBOSA, R. (2009), “Vinha das Caliças. O lento despertar”. *National Geographic Portugal* 102.
- ROVIRA, S., MONTERO, I., ORTEGA, J. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2005), “Bronce y Trabajo del Bronce en el poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz)”. En S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.): *El Período Orientalizante en la Península Ibérica. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Anejos de AEspA XXXV*. Madrid, 1231-1240.
- RUIZ DELGADO, M.M. (1989), *Fibulas Protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Sevilla.
- SANTOS, F.J.C., ANTUNES, A.S.T., GRILLO, C. y DEUS, M. de (2009), “A necrópole da I Idade do Ferro de Palhais (Beringel, Beja): resultados preliminares de uma intervenção de emergência no Baixo-Alentejo”, en J.A. Pérez Macías y E. Romero eds.: *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*, 746-804, Huelva (Edición en CD).
- STORCH, J.J. (1989): *La fibula en la Hispania Antigua: las fibulas protohistóricas del Suroeste peninsular* (Tesis doctorales de la UCM), Madrid.

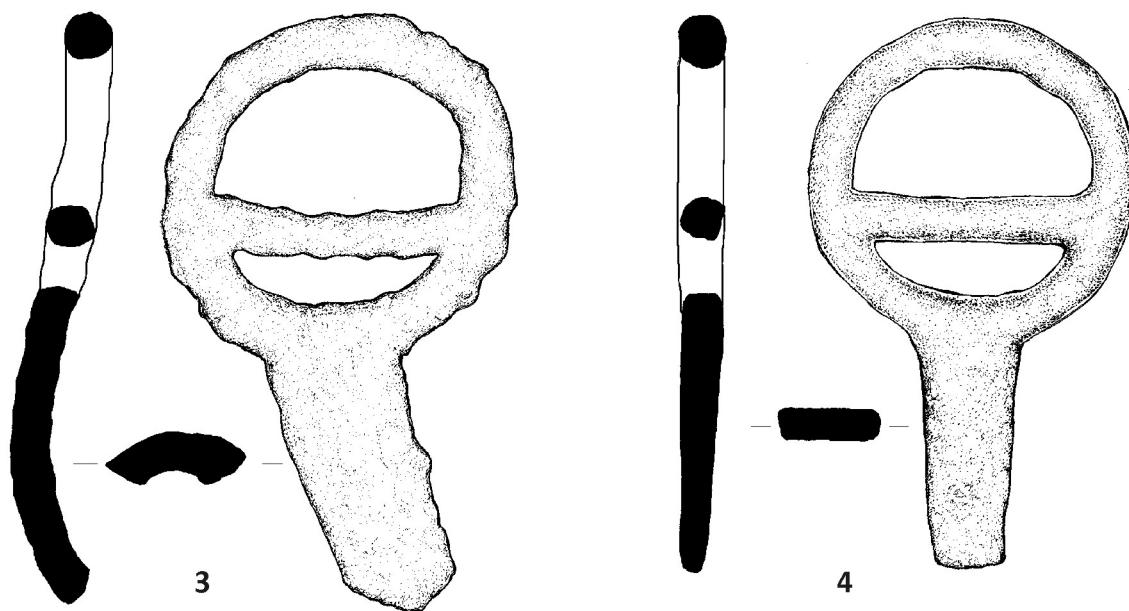
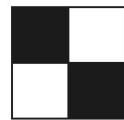
NOTA: Con posterioridad a la redacción inicial de este trabajo hemos tenido conocimiento de que algunos de los objetos de bronce de este conjunto han sido trasladados al Museo Provincial de Cáceres.

FIGURAS:



1

2



3

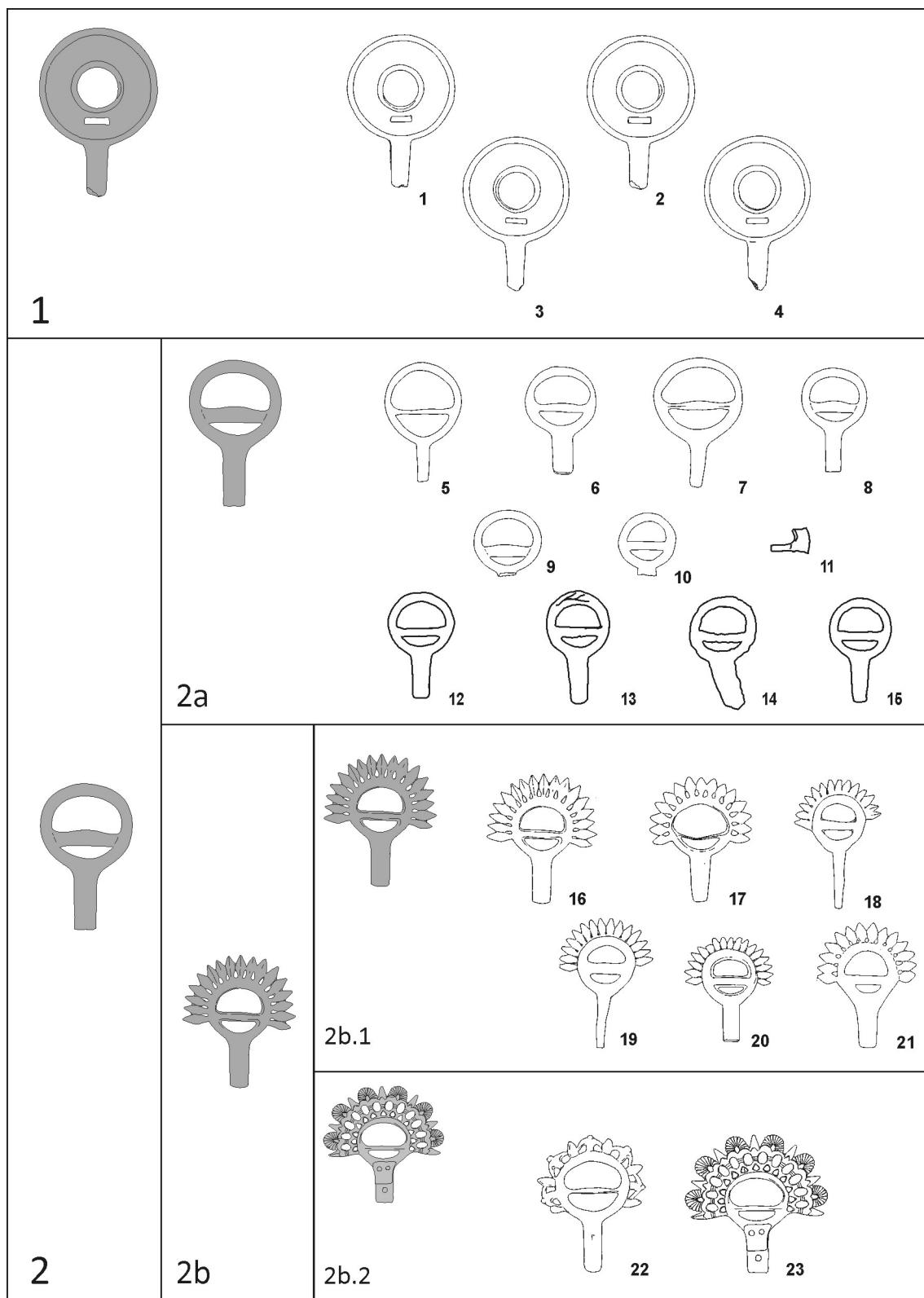
4

1.- Pasariendas de bronce de Talavera la Vieja (Dibujos J.M. Jerez).

UNA TUMBA “DE CARRO” EN LA NECRÓPOLIS ORIENTALIZANTE DE
TALAVERA LA VIEJA (CÁCERES)

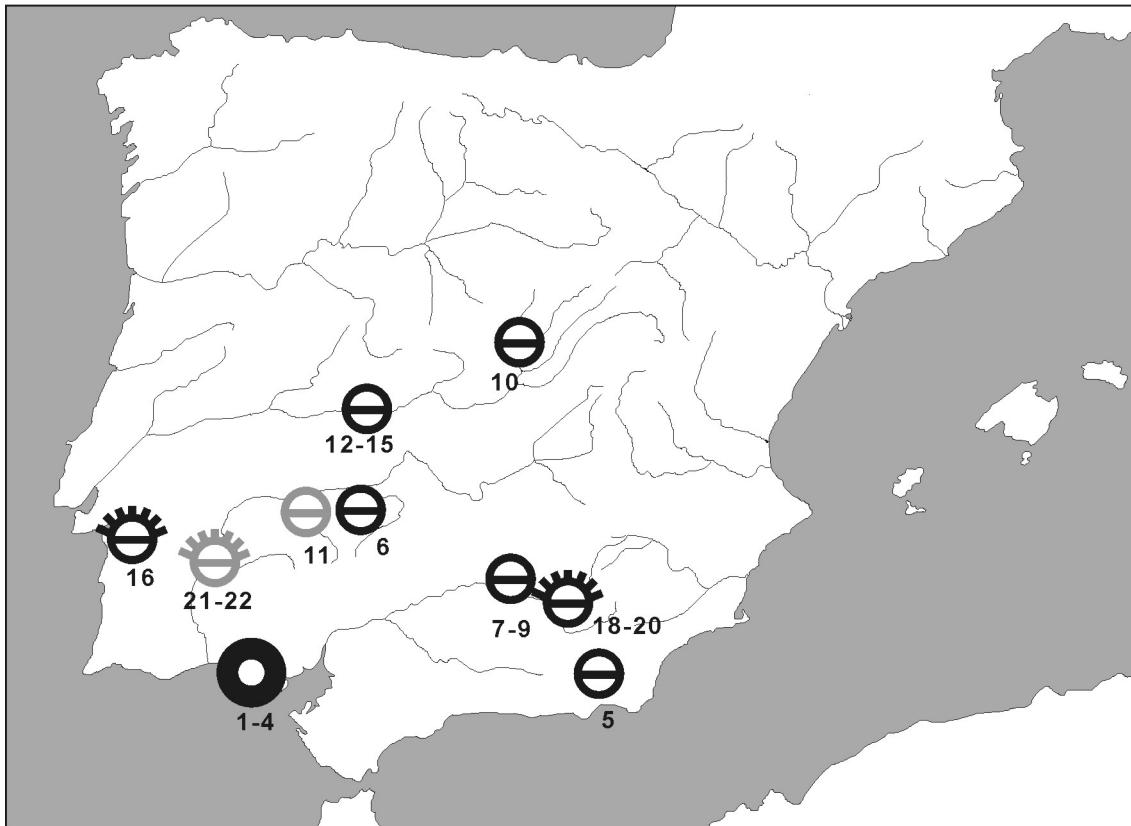


2.- Pasarriendas de bronce de Talavera la Vieja, Fundación A. Concha.

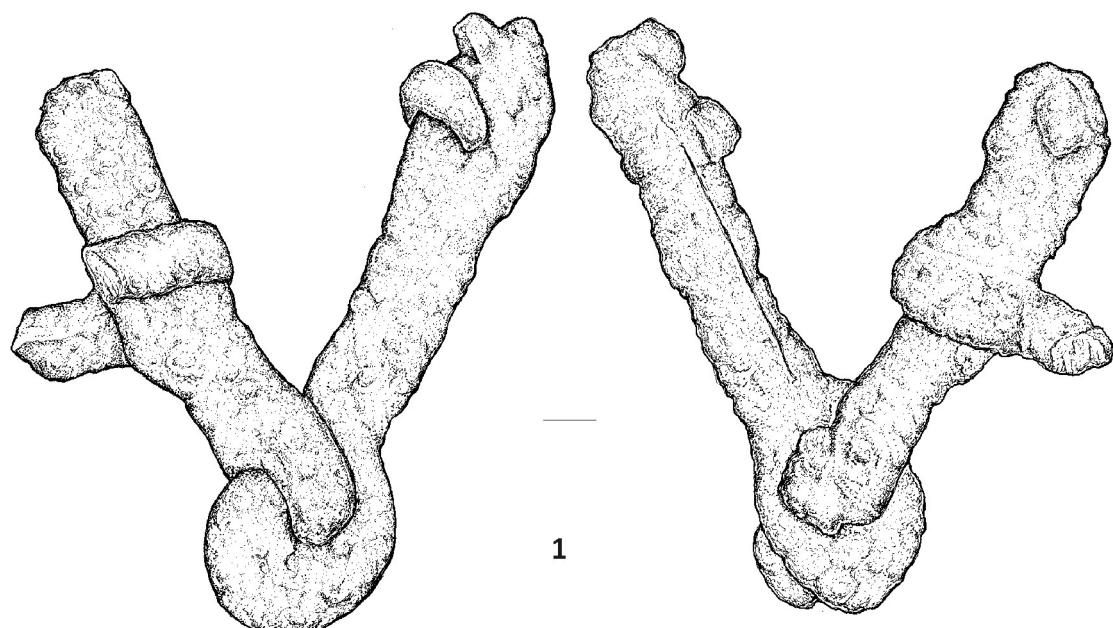


3.- Tipología de los pasariendas de vástago de la Primera Edad del Hierro en la Península Ibérica con la incorporación de los más recientes ejemplares. 1-4. La Joya (Huelva); 5. El Peñón de la Reina (Almería); 6. Cancho Roano (Badajoz); 7-9. Cástulo (Jaén); 10. Soto del Hinojar-Esperillas (Madrid); 11. El Palomar (Badajoz); 12-15. Talavera la Vieja (Cáceres); 16. Alcacer do Sal (Portugal); 17. Museo de Barcelona; 18-20. Úbeda la Vieja (Jaén); 21-22 Azougada ? (Portugal); 23: Col. Vives.

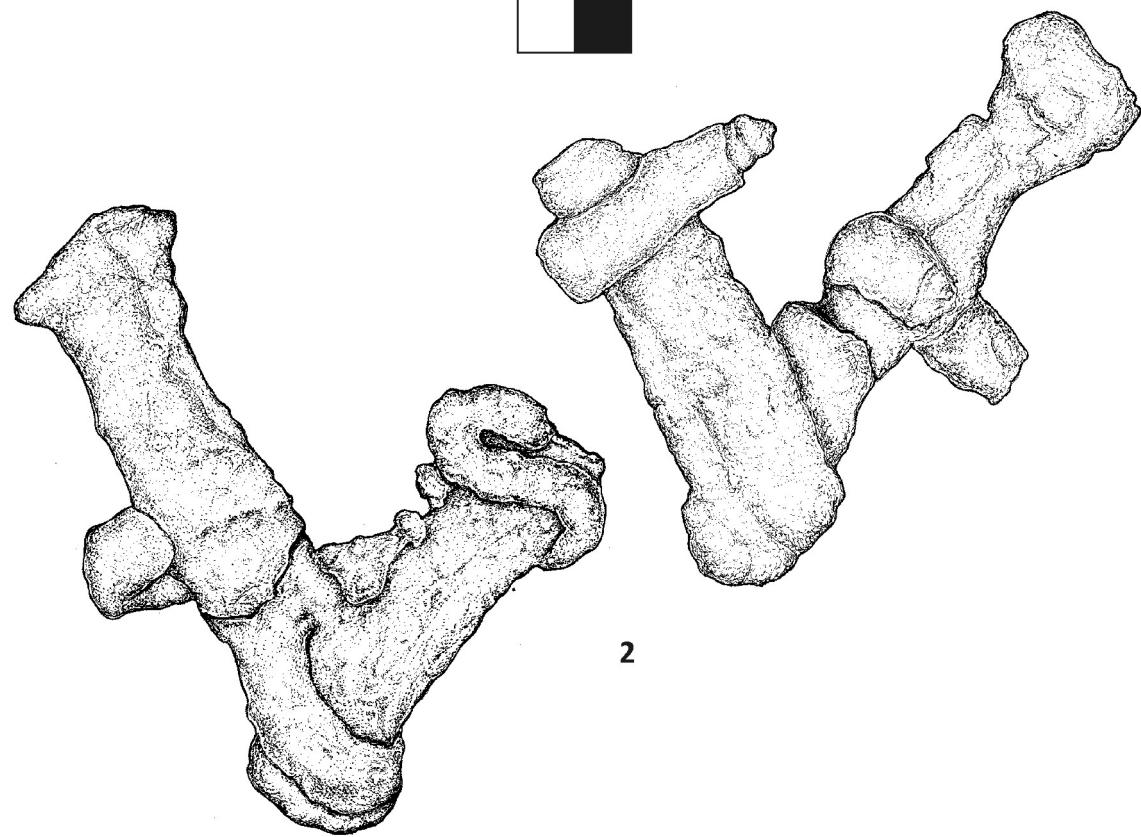
**UNA TUMBA “DE CARRO” EN LA NECRÓPOLIS ORIENTALIZANTE DE
TALAVERA LA VIEJA (CÁCERES)**



4.- Distribución de los pasarriendas de vástago de la Primera Edad del Hierro en la Península Ibérica. La numeración coincide con la de la figura anterior.



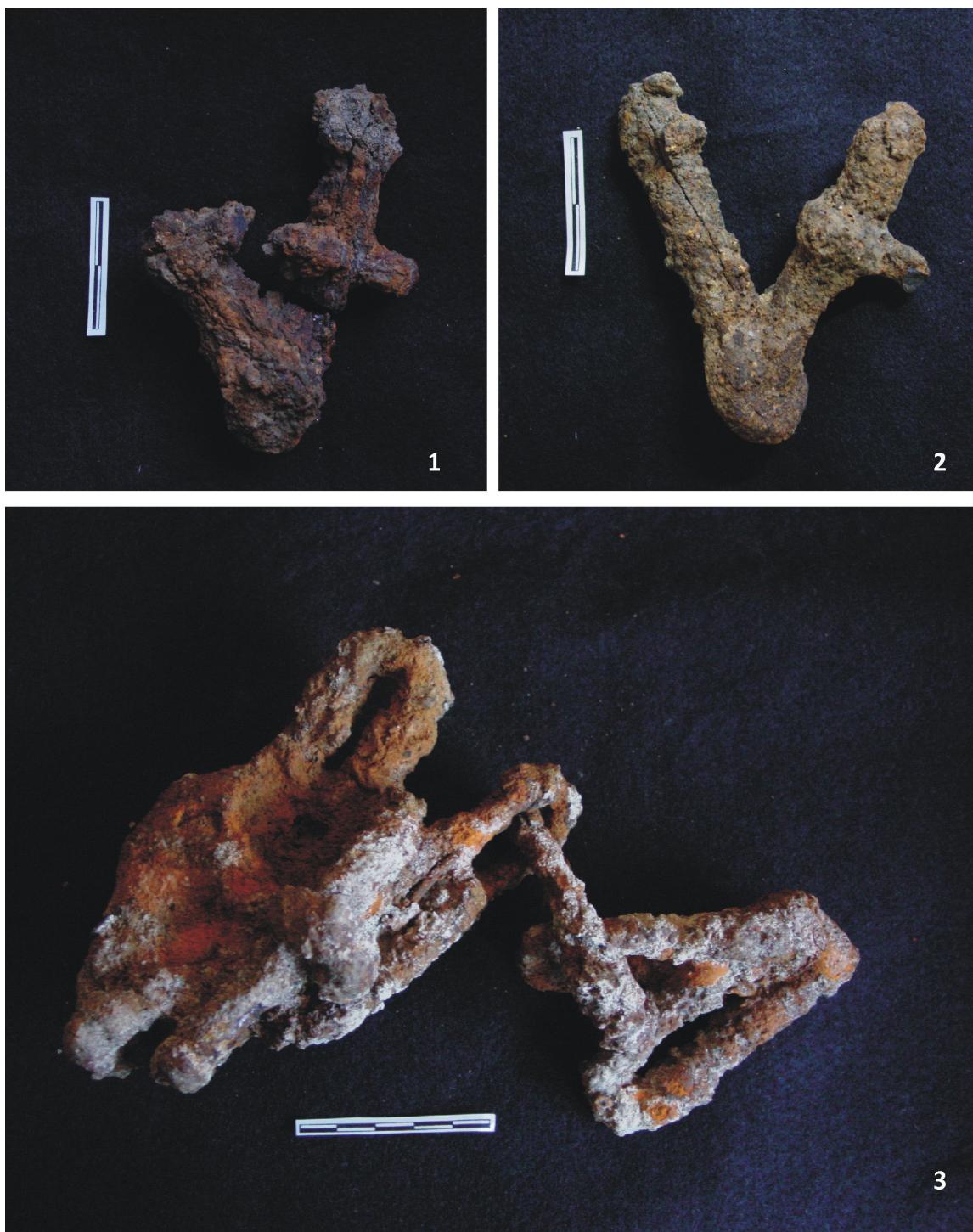
1



2

5.- Bocados de hierro de Talavera la Vieja (Dibujos J.M. Jerez).

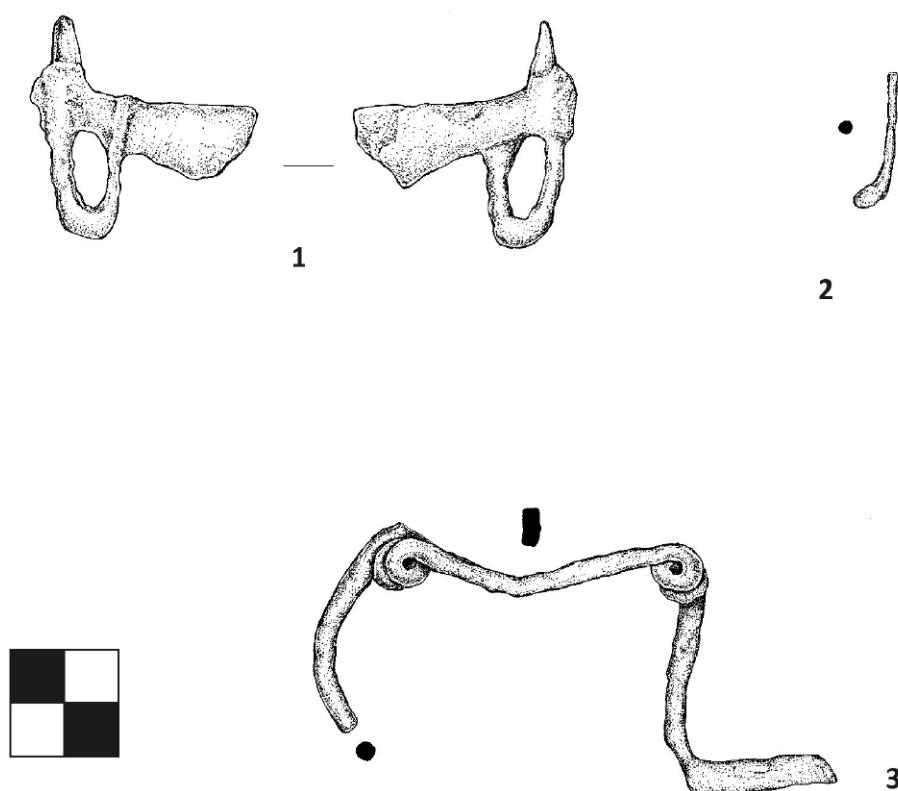
UNA TUMBA “DE CARRO” EN LA NECRÓPOLIS ORIENTALIZANTE DE
TALAVERA LA VIEJA (CÁCERES)



6.- Bocados y cadena de hierro de Talavera la Vieja, Fundación A. Concha.

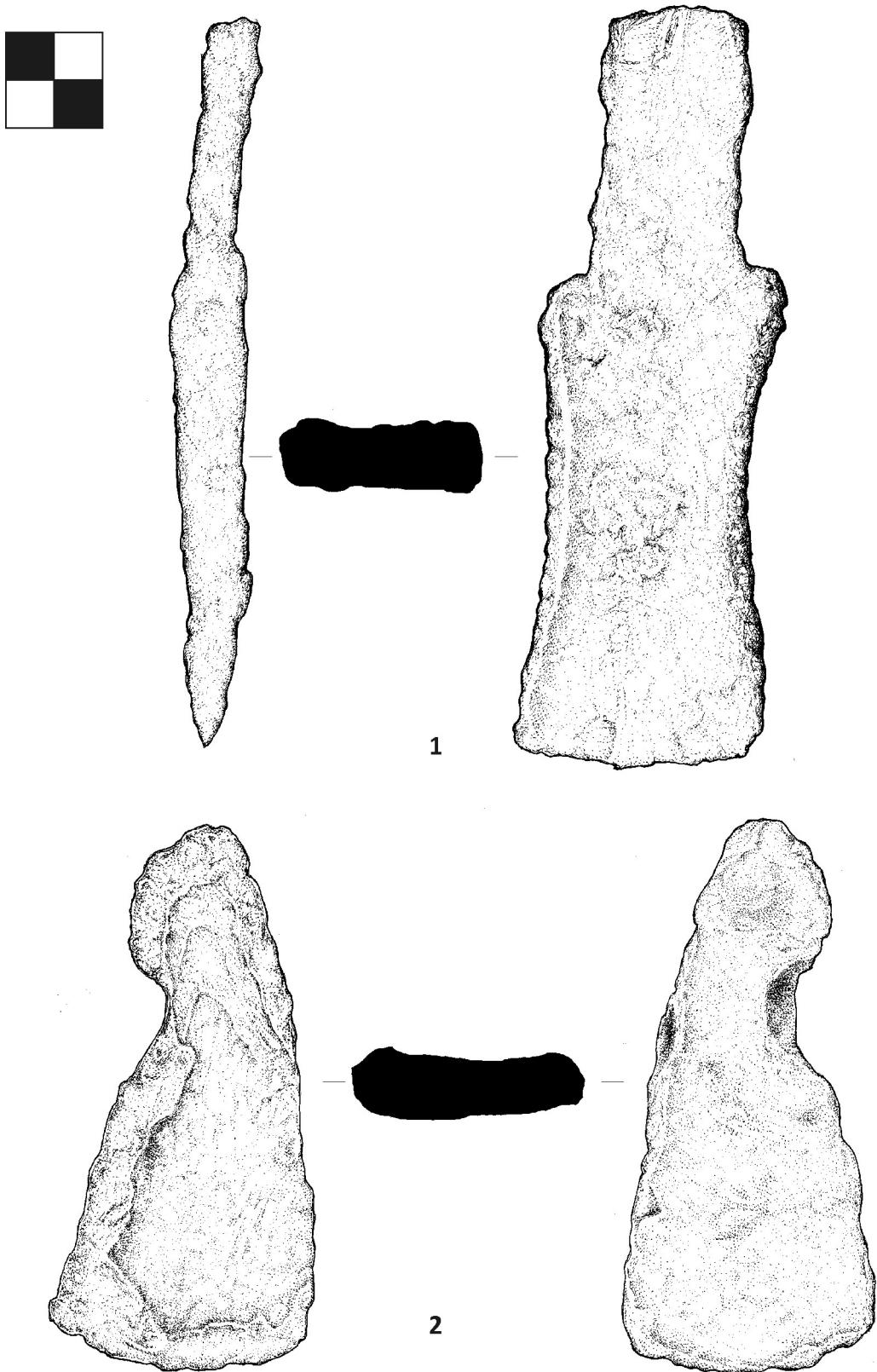


7.- Bocado de bronce de procedencia desconocida (provincia de Cáceres) de la Fundación A. Concha.

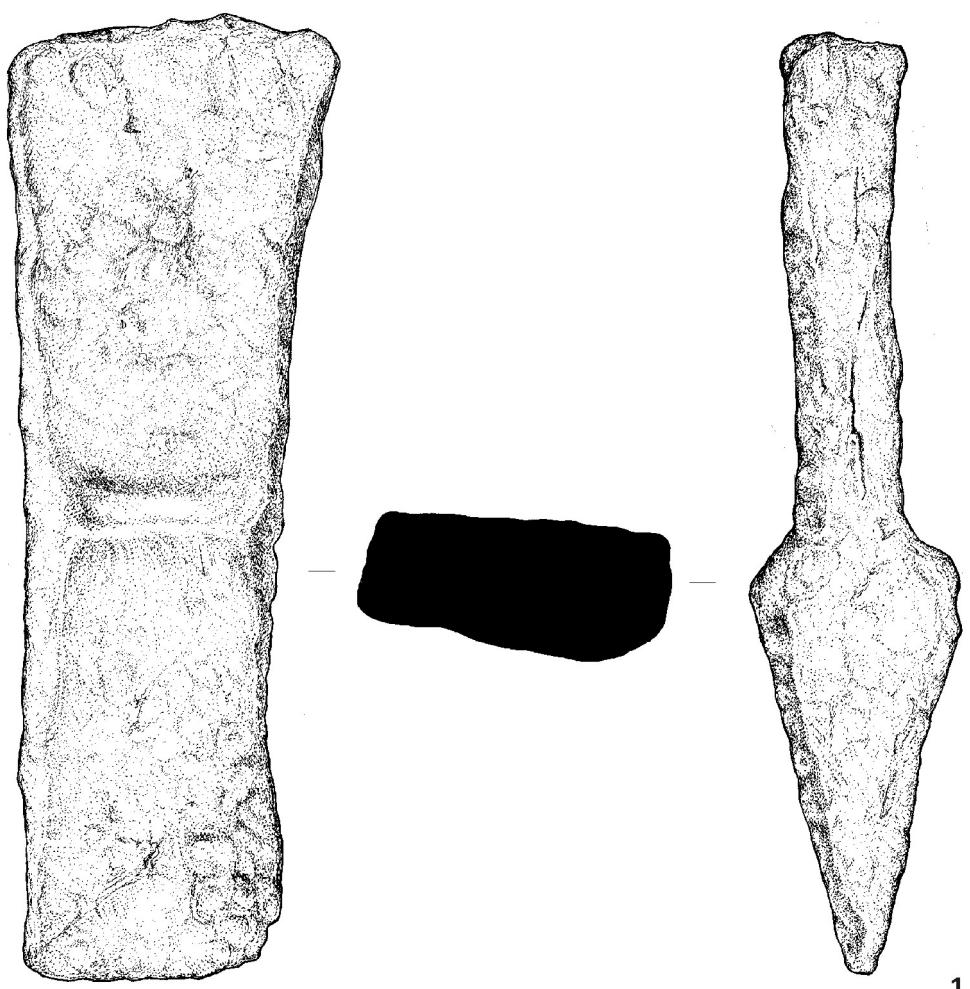


8. Fragmento de fibula de tipo Alcores y cucharilla del conjunto de Talavera la Vieja y fibula de doble resorte hallada con anterioridad en este mismo yacimiento (Dibujos J.M. Jerez).

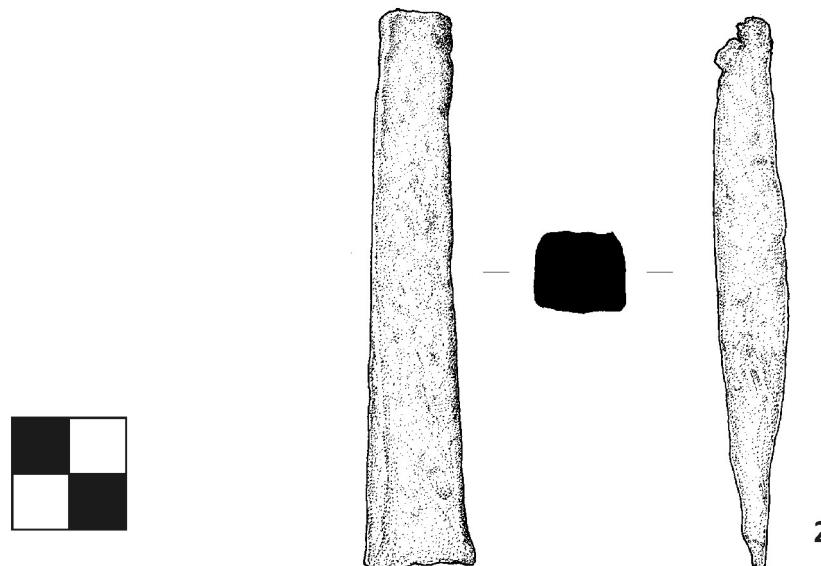
UNA TUMBA “DE CARRO” EN LA NECRÓPOLIS ORIENTALIZANTE DE
TALAVERA LA VIEJA (CÁCERES)



9.- Herramientas de hierro de Talavera la Vieja (Dibujos J.M. Jerez).



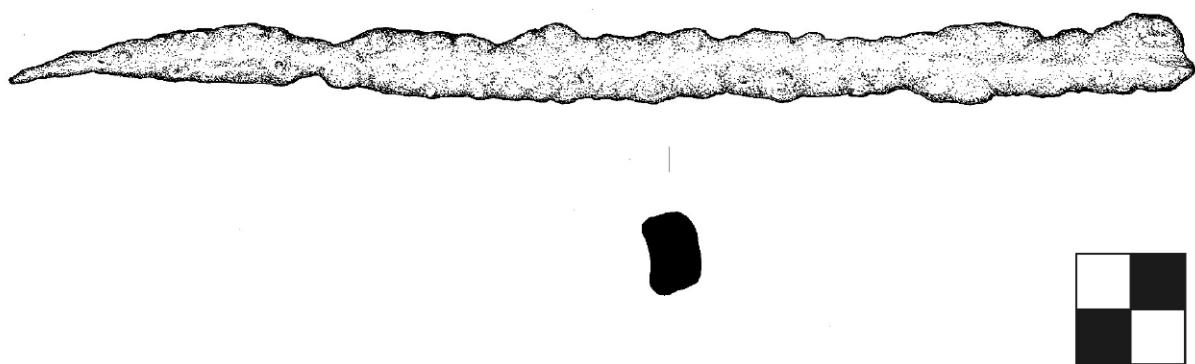
1



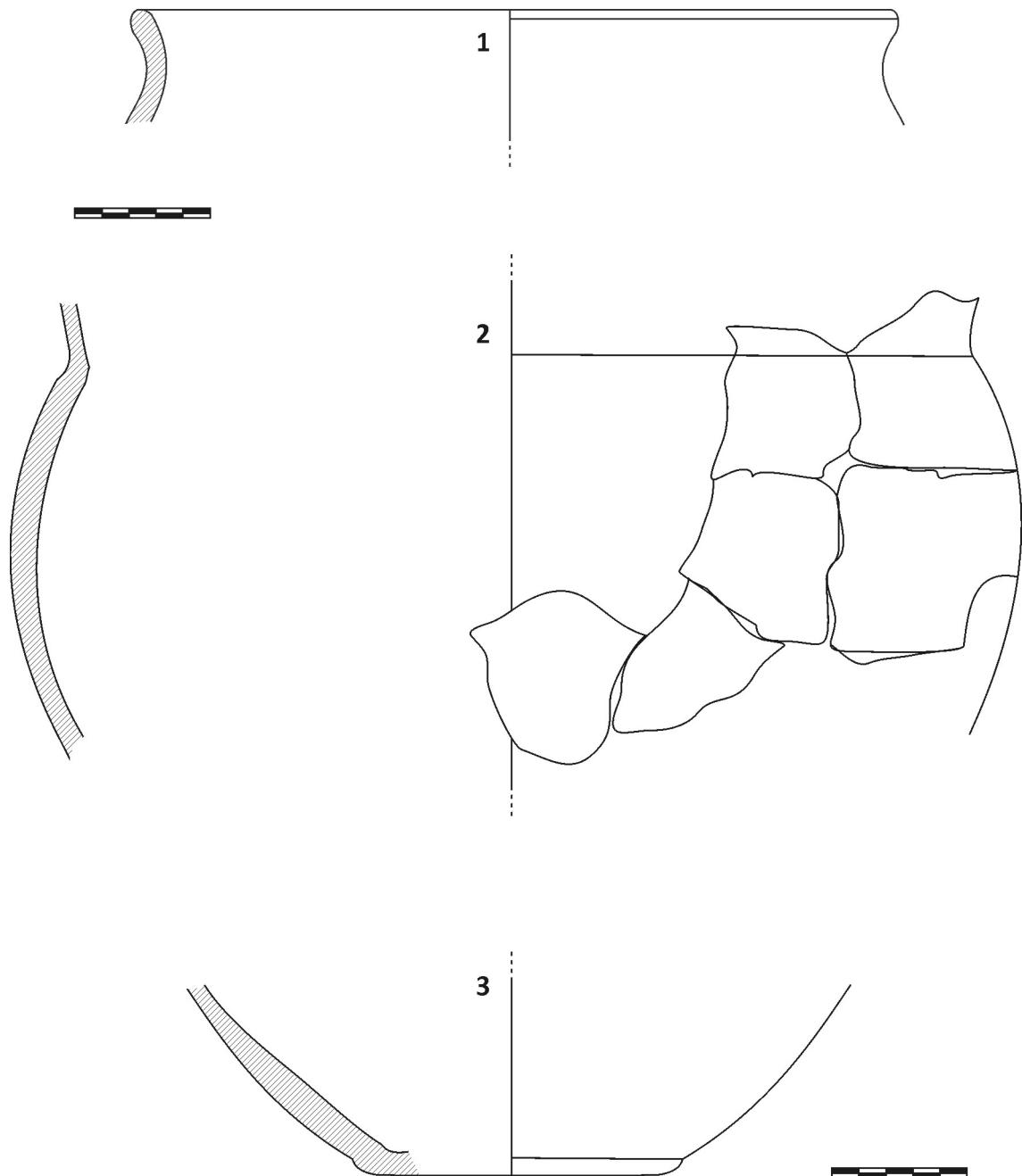
2

10.- Herramientas de hierro de Talavera la Vieja (Dibujos J.M. Jerez).

UNA TUMBA “DE CARRO” EN LA NECRÓPOLIS ORIENTALIZANTE DE
TALAVERA LA VIEJA (CÁCERES)



11.- Barra de hierro de Talavera la Vieja (Dibujo J.M. Jerez).



12.- Cerámicas orientalizantes de Talavera la Vieja.